

Leyenda de imagen

Este es el motivo por el cual no he publicado nada durante bastante tiempo. En esta entrada quiero hablar de los riesgos. Y bueno, si tus rutinas están bien organizadas y tu día sigue caminos ordenados, entonces esto definitivamente es un riesgo para ponerlo todo patas arriba.

¿Libre de riesgos?

Hace 300 000 años apareció el *Homo sapiens*, la mejor y hasta ahora última variante de un proceso que había empezado más de 6 millones de años antes. En aquel entonces, nuestros antepasados empezaron a separarse del mono. Una de las razones de esta evolución —que habría de transformar el planeta— fue ya el cambio climático. Doscientos cincuenta mil años más tarde, el *Homo sapiens* dejó África atrás y descubrió el resto del mundo.

Un largo camino para aquel pequeño primate que, por primera vez, abandonó la protección segura de los árboles y decidió que todo lo importante para su supervivencia se encontraba más bien en el suelo que entre las hojas de las copas.

¿Y qué no han encontrado e inventado él y sus descendientes? Lo que nunca se encontró fue un contrato que nos prometiera este suelo como puerto seguro, como zona libre de riesgos. Incluso en la Biblia, “someter la Tierra” es una orden o incluso una simple sugerencia, una posible evolución. Y esa orden bíblica aún no la hemos cumplido, porque la naturaleza sigue cobrándose cada año su tributo en vidas humanas y materiales. En siete millones de años no hemos podido cambiar eso. Sí, ni siquiera sabemos con certeza qué queda todavía por descubrir en la Tierra. Poco a poco se olvida que seguimos siendo parte de la naturaleza, una parte que no puede abolir unilateralmente las leyes que la rigen.

Seguimos viviendo en un entorno hostil. Somos la cúspide de la cadena alimentaria, pero nuestros enemigos naturales siguen al acecho, esperando un descuido para arrebatarnos el alimento o la vida. No pasa un solo año sin que un turista en un parque zoológico, un buzo o un investigador animal pierda la vida.

Sin embargo, en grandes sectores de nuestra sociedad se desarrolla el deseo de un contrato de riesgo cero. Pero ese contrato no existe. Estamos todos completamente sobreasegurados y ni siquiera sabemos qué riesgos reales o menos reales están cubiertos. Queremos protección total contra enfermedades, pero creamos nuevas constantemente. Pensemos en las vacas locas, un caso donde sí sabemos exactamente lo que causamos. Queremos la irrealista cifra de cero muertos en el tráfico vial, una actividad con alta propensión al error y potencial de suicidio. Hemos acumulado suficiente munición para destruir el planeta mil veces “por seguridad” y aun así no hemos evitado guerras. Tiritamos ante el cambio climático e intentamos por enésima vez imponernos a la naturaleza. Antes confiábamos en la religión para estas cuestiones; hoy los políticos que han reducido la influencia

religiosa en nuestra sociedad bailan la danza de la lluvia y nos hacen creer que poseen la receta contra el cambio climático.

Recuerdo bien una ola de calor en la que murieron personas por deshidratación, especialmente en residencias para ancianos. Europa respondió con un programa de inversiones millonario en aires acondicionados y humidificadores. Fue dinero tirado por la ventana, y esos aparatos caros probablemente hoy estén todos en mal estado. Cuando vuelve a hacer calor, el personal de esas residencias simplemente se asegura mejor de que sus residentes beban.

Qué fanáticamente buscamos la seguridad total se ve en cómo las empresas se protegen de consecuencias legales. El microondas naturalmente no puede usarse como secador para mascotas, ¿pero hace falta realmente que eso aparezca por seguridad en cada manual de instrucciones?

En especial en Europa reaccionamos de forma muy materialista ante estos desafíos naturales y nos gusta tirar dinero a los peligros que se nos presentan. Y la política reacciona de forma maximalista, porque en una época de redes sociales todo debe intensificarse y exagerarse. Así la política puede reforzar su posición en la sociedad y respaldar sus exigencias. Eso termina reduciendo un poco la libertad y aumentando un poco el control sobre los ciudadanos, porque ese electorado fácilmente influenciable puede mantenerse “a raya” y agradecer a sus héroes del riesgo cero con un voto. Y siempre hay suficientes personas dispuestas a pagar un alto precio en libertad por una seguridad que, en realidad, no lo es.

Y mientras nuestro entorno sigue siendo un espacio hostil, llevamos nuestra necesidad de seguridad al extremo. Incluso en la interacción humana nada debería ya perturbar el bienestar del individuo. Ni una palabra, ni un gesto, ni una actitud debería incomodar a quienes creen ser los buenos y poseer la verdad. ¿La verdad de quién?

Mi argumento es que aquel monito que bajó del árbol tenía otras prioridades distintas a su “seguridad absoluta” —y aún las tiene. En primer lugar estaban la supervivencia de su especie y el desarrollo de su vida. Eligió el camino del riesgo. Paradójicamente, es en las naciones industrializadas —sobrealimentadas, sobre-socializadas y sobreaseguradas— donde el deseo de aún más seguridad es más alto. Y aquí la seguridad es un concepto amplísimo, que llega hasta la comodidad. Pero si un virus “por nuestra seguridad” detiene las fábricas que nos alimentan; si el miedo a temperaturas más altas y mares más elevados paraliza nuestra industria; si el progreso deja de ser posible porque ya no se debaten ideas de forma controvertida; o simplemente si exterminamos a las palomas de nuestras ciudades porque estropean nuestras viejas piedras, entonces como sociedad hemos perdido.

Porque cuando se trata de reemplazar nuestras piedras antiguas en los pueblos por bloques de hormigón, no dudamos. Cuando se trata de vender y usar armas, el clima ya no importa. Y cuando enfermedades que podrían

curarse con unos pocos centavos arrasan en África, no hay detención de la producción por cuarentena.

Una política honesta admitiría simplemente que la seguridad total no existe. Que no se pueden dejar entrar millones de migrantes en un continente sin importar también más criminalidad. Que no hay respuesta para el Covid aparte de inyecciones experimentales no clínicamente probadas... con alto riesgo. Que el cambio climático está relacionado con la actividad humana, sí, pero también forma parte de la evolución natural de la Tierra en el universo. Y que una política responsable no puede cargar al mundo con gastos millonarios por algo que se repite desde hace millones de años.

Una política honesta tampoco intentaría poner a sus ciudadanos en una relación de dependencia donde puedan acomodarse. Toda decisión conlleva un riesgo. Y quien asume ese riesgo (y quizá incluso se beneficia de su decisión durante un tiempo antes de que salga mal) tiene la responsabilidad de buscar un plan B —y no de llamar al Estado. No es responsabilidad del Estado proporcionar una red de seguridad para cada una de nuestras decisiones. Porque esas redes, al final, son pagadas nuevamente por el ciudadano. Y no son perfectas: toda red tiene mallas, y por ellas uno puede caer rápidamente.

Nuestro primate de hace 300 000 años sopesó lo que era mejor para él. Sus descendientes conquistaron el mundo. Pero hoy basta un virus para detener ese mundo. *Homo sapiens* ha perdido el equilibrio entre riesgo, responsabilidad propia e intervención estatal necesaria. El Estado es el mal necesario que evita que nos estrangulemos cada día... pero no puede dictar la vida diaria de más de 8 mil millones de personas. Eso solo lo hace la naturaleza.